

**¡Felices los
que trabajan
por la Paz!**

Domingo 20 de marzo

“Y Pedro, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente”

Domingo de Ramos

Lecturas: Isaías 50, 4-7 // Salmo: 22(21) // Filipenses 2,6-11 // Lucas 23, 1-49

La celebración de la Pasión del Señor, a la que nos invita la Iglesia hoy, pretende que hagamos memoria de la dolorosa realidad que vivió el Señor, pero no para exaltar el dolor y la muerte, sino para reconocer la salvación que brota de la entrega de la vida de Dios por todos nosotros. La memoria del dolor de Jesús, y la memoria del dolor de tantos hombres, mujeres y niños, acumulada en nuestra historia reciente, puede convertirse en una fuente de salvación para todos nosotros.

Tanto Isaías, como San Pablo, ponen de presente la dinámica del despojo que salva. El Siervo doliente de Yahvé, del que habla Isaías, desde su sufrimiento, se convierte en una fuente de consolación, para “poder decir al abatido una palabra de aliento...”. Para Pablo, el Mesías, el Cristo, se despojó de su condición divina y se sometió incluso a la muerte, y una muerte de cruz, para convertirse en causa de salvación eterna. Por eso, “Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»”.

Pero allí no termina este recuento. La Iglesia nos ha propuesto el texto completo de la Pasión del Señor, tal como lo propone San Lucas. No pretendemos hacer un repaso literal de lo que acabamos de escuchar. Lo que quiere la Iglesia es invitarnos a orar en silencio sobre este misterio del dolor que puede salvarnos. No solo el dolor de la Pasión del Señor, sino también el dolor de la pasión de nuestros hermanos y hermanas, donde se sigue completando la Pasión de Cristo. Así mismo, habría que hacer memoria de nuestra propia pasión, para unirla a la pasión del Señor y a la pasión de nuestros hermanos, con la confianza de que también pueda transformarse en fuente de salvación para otros.

Cuando Pedro negó al Señor, quiso quitar de su vista el dolor que le producía el sufrimiento de su maestro. Tenía miedo de que la pasión de Jesús, también lo tocara. Por eso, cuando le preguntan por su amistad con el galileo que está siendo juzgado por el Sanedrín, Pedro responder: “«¡Hombre, no sé de qué hablas!». Y en aquel momento, estando aun hablando, cantó un gallo, y el Señor se volvió y miró a Pedro... Y Pedro, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente”.

La mirada de Jesús hay quienes la imaginan como una mirada de reproche, una mirada de amenaza, una mirada de rabia... sin embargo, muy seguramente el mensaje que Pedro recibió de la mirada de Jesús fue una mirada de amor. Esto es lo que puede explicar que la respuesta de Pedro haya sido, salir fuera y llorar amargamente. Seguramente, más de una vez hemos vivido momentos como los que se describen aquí y hemos sentido la mirada del Señor que no reclama, ni pide nada... sólo nos expresa su amor incondicional. La pasión del Señor nos muestra el amor que llega hasta el extremo. No es un amor que echa en cara el sufrimiento padecido. No es un amor condicionado a nuestra respuesta.



¡Felices los que trabajan por la Paz!

El amor con el que Jesús nos ama en su pasión es incondicional, y deja siempre abierta la invitación a trabajar con él y como él, para que no haya crucificados en este mundo. Es una invitación libre para personas libres, y no una imposición.

Hoy, como ayer, los discípulos de Jesús sentimos la tentación de negar el dolor del Señor. Nos produce miedo, se convierte en amenaza para nuestra tranquilidad. También podemos negar el dolor de tantos crucificados de nuestra historia reciente. Es muy difícil no reconocer en los rostros de hombres, mujeres y niños, el calvario de la pobreza, la cruz de la violencia, el dolor de la marginación y el rechazo. Y aun así, podemos negarlo. Mirar hacia otro lado, escondernos o taparnos los ojos ante la evidencia.

Tal vez la invitación que nos hace hoy la Iglesia, al proponernos esta lectura meditada de la Pasión del Señor, ese abrir nuestros corazones al dolor crucificado de Jesús y al dolor de los crucificados de la historia y de nuestra historia, para encontrar en ellos también una mirada de amor, capaz de salvarnos de la indiferencia y la apatía. Si nos sentimos mirados con amor, como Pedro, solo nos quedará la alternativa de “salir fuera y llorar amargamente”.

